

bam
bú

Alas de mariposa

Pilar Alberdi



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S.A.

© 2011, Pilar Alberdi
© 2011, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

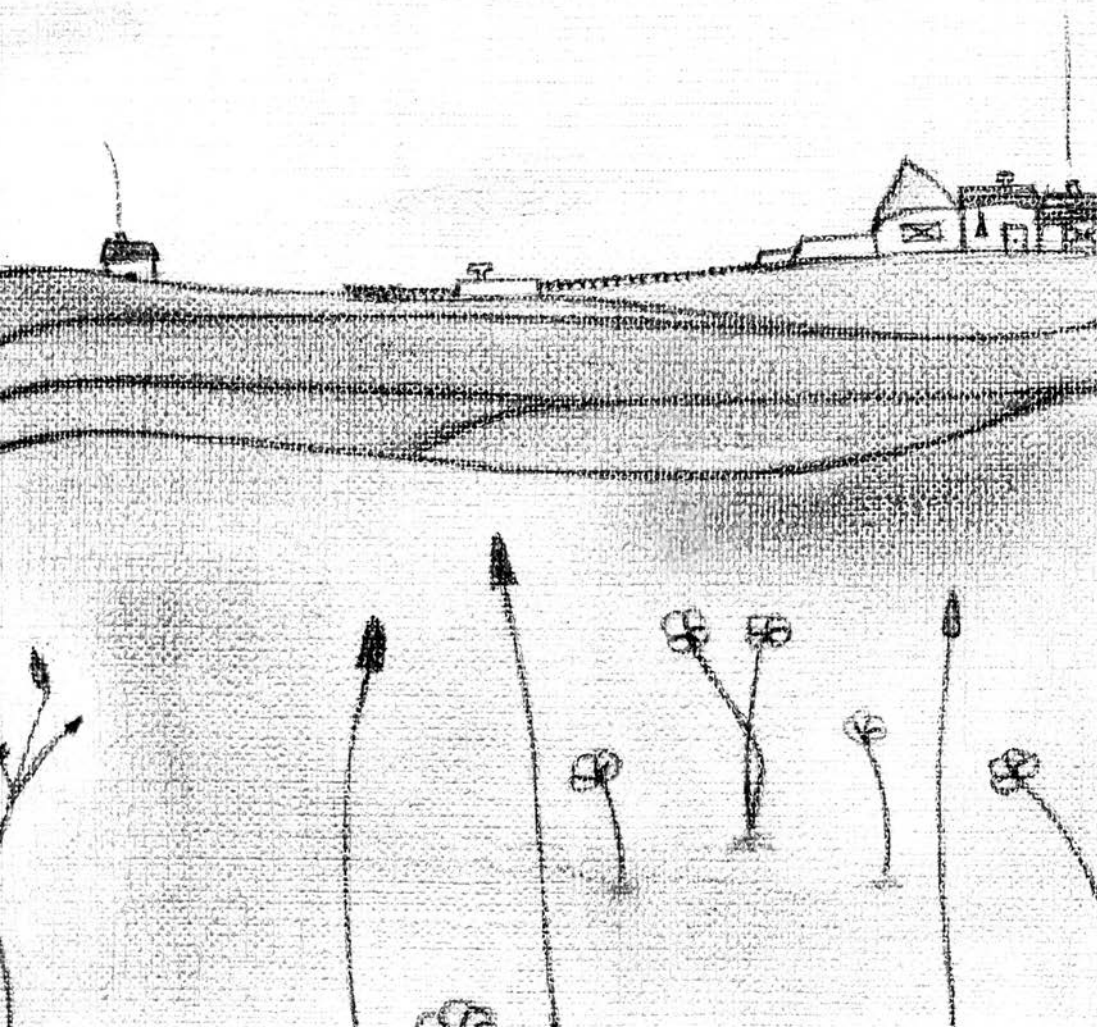
Ilustraciones interiores y de la cubierta:
Mercedes De la Jara
Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2011
ISBN: 978-84-8343-136-8
Depósito legal: M-759-2011
Printed in Spain
Impreso en Anzós, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
93 272 04 45).

Índice

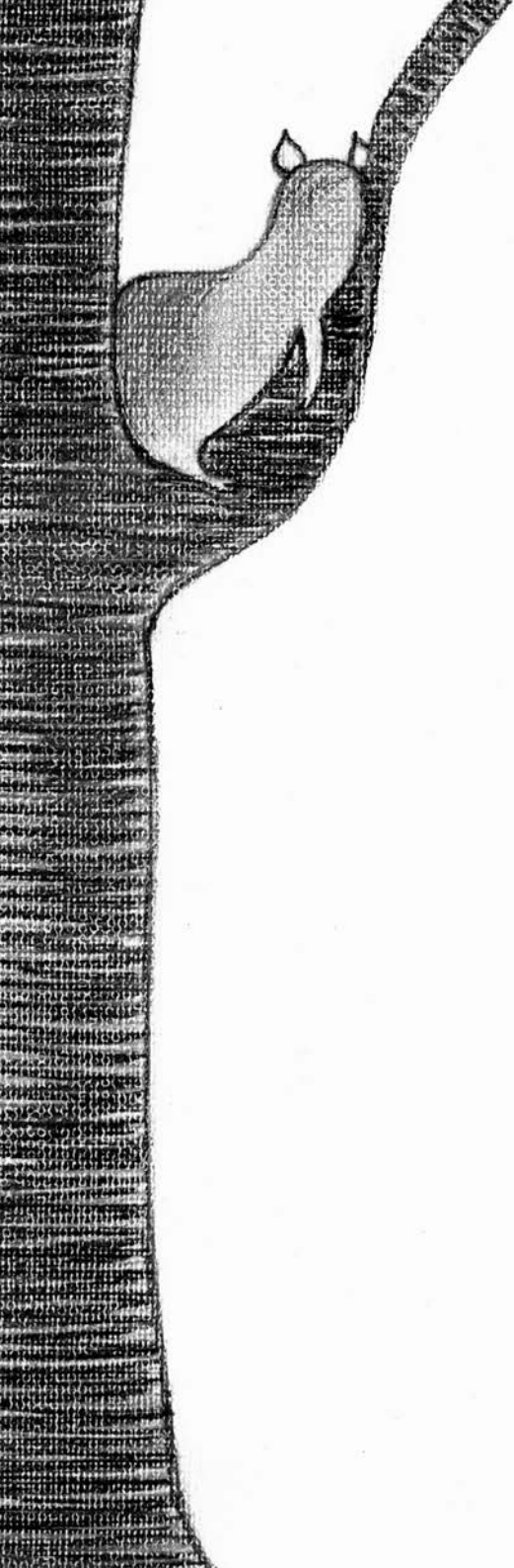
A modo de introducción...	7
Primera parte	
El pueblo	11
El señor Li	15
La tienda de antigüedades	17
La calle Vieja	21
Pequeño Juan...	23
La cometa	25
El colegio	27
Las enseñanzas del señor Li	29
El cumpleaños	35
El día perfecto	39
Segunda parte	
La llegada de las mariposas	45
Una mariposita muy especial	47
Sabios consejos	51
En busca de una solución	55
La respuesta del señor Li	59
El encuentro entre la mariposa y el niño	63
Algunos años después...	69
Ala de mariposa o la despedida de «La más hermosa»	71
A modo de epílogo...	73



A modo de introducción...

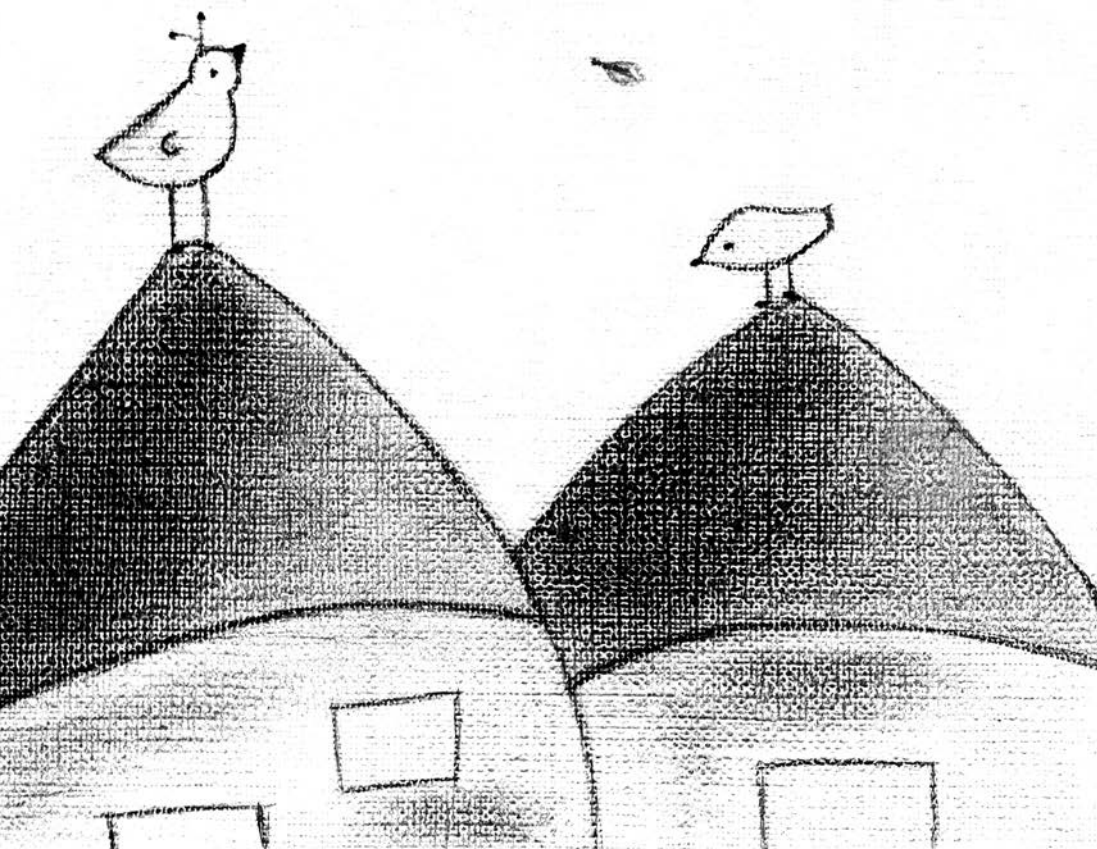
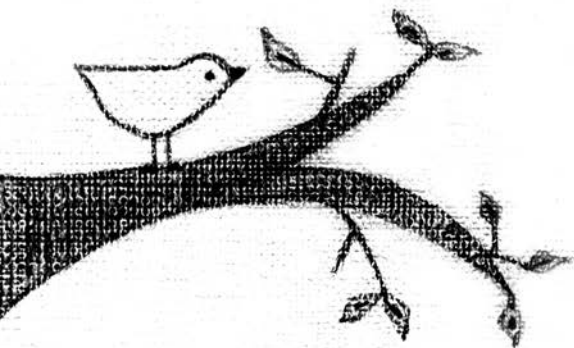
En aquel lejano pueblo cerca del mar, había una pequeña casa con un bonito huerto y un jardín. En aquel jardín había toda clase de flores y el sol todas las mañanas se alegraba de verlo tan florido y retozaba alegremente entre el perfume de las plantas.

En un banco de aquel hermoso jardín estaba un abuelo de nombre Juan contándole un cuento a su pequeño nieto, porque toda historia tiene su principio y su final y a aquel pueblo blanco de la montaña siempre llegaban las mariposas.





Primera parte



El pueblo

–**Las historias** –dijo el abuelo a su nieto– hay que contarlas bien, y por eso hay que empezar por el principio:

Esta es la historia de una mariposa que tenía un ala rota, y de un niño que se la quería arreglar con el papel de su cometa, pues ese papel hace posible que la cometa vuele muy alto.

Aquel niño, de nombre Juan, vivía en un pueblo de la montaña. Era un pueblo de casas bajas y blancas. Un pueblo sencillo donde los olivos, vistos desde lejos, parecían pequeños puntos verdes sobre la tierra áspera y marrón. Y los naranjos, cuando tenían sus frutos, resplandecían como ramos de flores de brillantes colores.

En ese pequeño pueblo de la montaña, los días, uno tras otro, pasaban de una manera muy parecida.

Había, como en casi todos los pueblos: una calle principal, una catedral, un ayuntamiento, una estación de tren, una parada de autobús, un centro médico, un polideportivo, y un pequeño local que unas veces hacía las veces de cine y otras de teatro.

En aquel pueblo también había muchos pájaros: tordos, gorriones, pinzones, calandrias.

En primavera y verano también pasaban su tiempo entre aquellas casas las golondrinas y las cigüeñas. Las primeras, trabajando en sus nidos colgantes de tierra. Las segundas, preparando los grandes nidos de ramas secas, poniendo los huevos y criando unos polluelos que muy pronto serían tan altos y fuertes como sus padres.

En verano las cigarras se oían por todo el pueblo como una sirena de barco, o como la sirena de una fábrica. Parecía que estaban por todas partes. Costaba trabajo distinguirlas entre los troncos de los árboles. Eran verdes, muy verdes, y, muchas veces, pasaban disimuladas entre las hojas de las que solo se distinguían en la forma, sí, pero más que nada en que si hacía viento y las hojas se movían, las cigarras continuaban allí, tan quietecitas sobre los troncos. Tan quietas e impasibles, y cantando.

En muchas casas también había grillos que pasaban en ellas la primavera y el verano. Grillos negros,

muy brillantes y parlanchines. Vivían en las grietas de las paredes, en las juntas de los ladrillos, en pequeños hoyos que ellos mismos trabajaban hasta darles la profundidad deseada para hacer de ellos una vivienda confortable y segura ante las pisadas de la gente, el paso de los animales y las lluvias. Algunas veces asomaban sus cabezas, pero en cuanto oían un ruido, se escondían rápidamente. Aquellos diminutos hoyitos podían estar junto a la cerca de una huerta, o bajo los árboles, o en rincones con mucha sombra, o entre calas, petunias, margaritas blancas y amarillas, y tantas y tantas flores como había en los jardines.

Y qué decir de los grillos del campo, que eran muchos y numerosos, y daban bellos conciertos nocturnos de primavera y verano bajo lunas redondas y blancas, bajo un cielo siempre lleno de estrellas como una gran pérgola con diminutas flores blancas. Así era la vida en aquel pueblo de la montaña.